

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Prosigue la historia de Eudoro.—Entra en la corte de Contancio.—Pasa á la isla de los Bretones.—Obtiene los honores del triunfo.—Es nombrado gobernador de la Armorica.—Vuelve á la Gaulas—La Armórica.—Episodio de Velleda.

CANTO VII.

I.

En tanto que el infierno disponia
Su plan para la guerra á sangre y fuego,
La familia cristiana poseia
Los últimos instantes de sosiego.
Toda ella en el vergel al otro dia
Se juntó de mañana, y á su ruego
El hijo de Lastenes prosiguiera
Su grata relacion de esta manera.

II.

“El santo Zacarías me dejára,
Segun os dije ayer, en tierra amiga.
Constancio á la sazón cerca se hallára
De Lutecia: inútil es os diga
Con qué anhelo á buscarle caminára.
Después de algunos días de fatiga,
Por el país entré de los Secuanos, (1)
Cubierto de florestas y pantanos.

III.

El primer monumento que atrajera
Mi atención, fué la torre de ocho lados
Dó el Galo á tantos ídolos venera.
Al austro de Lutecia, ya arruinados
Los muros del templo Heso (2) descubriera;
Al norte, los altares elevados
A Teutates, dios grande del Parisio,
Y el monte Marte en que murió Dionisio.

IV.

“Del Secuana avistando las riberas,
Descubrí sus corrientes cristalinas
A través de los sauces y nogueras
Que forman de verdor largas cortinas.
Algun huerto, plantado con higueras
Que resguardan del hielo con hacinas
De paja y heno, era el solo adorno
De sus valles y vegas en contorno.

V.

“Mis miradas tendia hácia el oriente,
Por si el pueblo de Lutes (3) descubria,
Cuando un pastor me lo enseñó de frente
Que enmedio del Secuana se estendia
En forma de navío: doble puente
De madera, al que un fuerte defendia
Donde se paga al César el impuesto,
Junta la isla del rio al lado opuesto.

VI.

“Choza humilde, de tapia ó de madera,
Con techo de pajizo, es cuanto hallára
En esta capital: solo advertiera
Un altar que el marino á Jove alzára.
Mas saliendo de la isla, en la ribera
Austral el Lucoticio (4) se ostentára
Con su circo, anfiteatro y acueducto (5)
Que servia á las Termas de conducto,

VII.

“Aquí moraba el César: mi llegada
Sabe apenas, me llama á su aposento,
Donde le hago presente mi embajada.
El pareció llenarse de contento
Al ver que la nacion del Franco osada
Deponia las armas, y al momento
Un centurion destina que sentase
De duradera paz sólida base.

VIII.

“Yo ví allí en el ejército romano
Los fieles mas ilustres reunidos:
Allí estaba el valiente Rogaciano,
Con Gervasio y Protasio, conocidos
Por el Oreste y Píldes cristiano;
El gran Prócula y Justo esclarecidos,
Con Ambrosio de célebre renombre,
En quien la Iglesia espera un grande hombre

IX.

“El tiempo que duró mi servidumbre
Gran mudanza ocurriera en el estado,
Que anhelaba saber con certidumbre.
Constancio, á mi deseo anticipado,
Me convida al jardin que de la cumbre
Baja de Lucoticio, prolongado
En forma de anfiteatro, hasta la vega
Que Isis (6) corona y el Secuana riega.

X.

“Ahora vamos, me dijo, á la Breñaña
“A batir á Carrausio, donde espero
“Probar vuestro valor con nueva hazaña
“Combatiendo ese intrépido guerrero.
“Mas antes de empezar esta campaña,
“Es justo que os prevenga yo primero
“Del estado presente de la Corte,
“Porque sirva de regla á vuestro porte.

XI.

“Ya sabeis, cuando fuisteis desterrado,
“Que á dar paz al Egipto Diocles fuera
“Y Galerio á domar el Parsa osado.
“A este último que el triunfo consiguiera,
“Augusto por esposa á su hija ha dado:
“Mas su ambicion y orgullo es de manera,
“Que imagina que al nombre de Galerio
“Se debe la corona del imperio.

XII.

“Al peso de la edad y la dolencia
“Diocleciano abatido mal resiste
“Tamaña ingratitud y violencia.
“Vuestro enemigo hierócles asiste
“A Galerio en su plan, y su insolencia
“Es cada vez mayor: la Acaya triste,
“Patria vuestra, poco hace dada ha sido
En gobierno á ese bajo y vil valido.

XIII.

“Galerio tambien ahora favorece,
“Solo por ser rival de Constantino
“A Magencio, aunque de alma le aborrece.
“Mi hijo está así espuesto de continuo
“A un peligro mortal que me estremece.
“Todo anuncia algun cambio repentino,
“Mas que mi hijo se salve de su mano,
“Y nada temeré contra el tirano.”

XIV.

“Pocos dias despues que así me hablára,
Fuimos á la Bretaña, inculta tierra,
Que de Europa el océano separa,
Y con sus olas tímidas la encierra.
Allí es donde la púrpura usurpára
Carrausio, y para hacer mejor la guerra,
Se habia coligado con los Pictos, (7)
Mirados hasta entonces como invictos.

XV.

“Larga serie de encuentros, dó á porfia
De lauros nuestras tropas se cubrieron,
Mostrando yo algun tanto de osadía,
Al rango de tribuno me ascendieron;
Y en la accion que con tanta valentía
Los Pictos en Petuaria sostuvieron
Con todo su poder, tuve la gloria
De dar á nuestras armas la victoria.

XVI.

“Tambien batí á Carrausio en la ribera
Del Támesis delante de Londino,
Dó el Britano invencible se creyera
Allí de un torreón cierto adivino
Con palabras enfáticas se viera
“Conjurar los reveses del destino.
Carrausio fué no obstante derrotado
Y por su misma tropa asesinado.

XVII.

“Constancio me dejó toda la gloria,
Con orlas de laurel mi carta enviando
En que anunciaba á Diocles la victoria;
Una estatua de honor solicitando
Que en vez del triunfo honrase mi memoria.
Puesta en paz la Bretaña, deseando
Darme otra prueba mas de su amor tierno,
Me encargó de la Armórica el gobierno.

XVIII.

Luego me preparé para el viaje
Para aquellas provincias que insultaba
Con sus flotas el bárbaro salvaje.
El mismo natural tambien llevaba
A disgusto el romano vasallaje.
Cuando á dar á la vela pronto estaba,
Gervasio y Sebastian afectuosos
“Corren á depedirme cariñosos.

XIX.

“¡Quizá en Roma, exclamaron, volveremos
“A juntarnos en medio de las pruebas
“Que nos prepara aquel que defendemos!
“¡Quizás en las mazmorras y en las cuevas
“Los premios y coronas obtendremos!
“¡Pueda la religion con fuerzas nuevas
“Hacernos de la fé firmes testigos,
“Y unirnos en la muerte como amigos!”

XX.

“Partiendo del pais de los Bretones,
Fuí siguiendo la costa al medio dia,
Y á la tierra llegué de los Redones (8)
Que el centro de la Armórica tenia.
La vista de estas bárbaras regiones,
Cubiertas de florestas, ofrecia
Un aspecto salvaje, semejante
A su rústico y bárbaro habitante.

XXI.

“El alcázar que manda aquel distrito,
Era del Galo antigua fortaleza,
A la que César dió mayor circuito
Cuando domó con guerra la fiereza
Del Veneto y audaz Curiosolito.
Rodeado de bosques y maleza,
Sus muros baña un lago, y no distante
El ruido se hace oír del mar bramante.

XXII.

“En esta solitaria residencia
Varios meses pasé. ¡Dichoso asilo!
En él entré la mano en mi conciencia,
Sus llagas sondeando con sigilo;
De mi fé renové la sacra ciencia;
Y cada vez con esto mas tranquilo,
Poco á poco perdía la zozobra
Que en el comercio humano el alma cobra.

XXIII.

“Mas en vano del triunfo me halagaba
Que fuerzas mas robustas exigia:
El descuido habitual en que me hallaba,
La actividad de mi alma entorpecia;
Sus dudas la pasion me suscitaba,
Y en sus lazos cautivo me tenia
Como una cortesana seductora
Sujeta con su gracia al que la adora.

XXIV.

“Suceso extraordinario de improviso
Corta esta reflexion, y mi alma altera
Con mayor inquietud. Seguro aviso
Un soldado me dió que salir viera
Una muger del bosque, al caer preciso
De la noche; que el lago traspusiera
Dirigiendo ella sola una barquilla,
Y luego se ocultaba en la otra orilla.

XXV.

“Yo sabia que el Galo confiaba
El secreto mas árduo é interesante
A su muger, y que ésta á veces daba
Su consejo en la junta. El habitante
De la Armórica este uso conservaba;
Y cual todos los Galos arrogante,
Tenaz en sus empresas y valiente,
Sufria nuestro yugo iudócilmente.

XXVI.

“Yo mismo el hecho averiguar propongo:
Apenas cae el sol, mudo de traje,
Y en la orilla del lago me dispongo
A esperarla escondido entre el ramaje.
No oyendo ningun ruido, ya supongo
Haber perdido el tiempo y el viaje,
Cuando hiere mi oido un dulce acento
Que del lago hácia mí traia el viento.

XXVII.

“Dirigiendo la vista hácia aque lado,
Veó un pequeño esquife suspendido
Sobre las olas, luego sepultado,
Y sobre ellas de nuevo aparecido.
De una muger, cantando sin cuidado,
Era el leño fluctuante dirigido,
Que burlarse del viento parecia,
O que este á su dominio obedecia.

XXVIII.

“Al lago en sacrificio iba arrojando
Vellones, piezas de hilo, pan de cera,
Láminas de oro y plata: así bogando,
Vino á toear bien pronto á la ribera,
Donde estaba escondido; luego atando
A un sauce su batel, la ví ligera
Encaminarse al bosque mas cercano,
Con una rama de álamo en la mano.

XXIX.

“Sin que ella me notase, yo podia
Observarla al pasar; su alta estura
Una túnica abierta mal cubria;
La hoz de oro colgada á la cintura;
Guirnalda de laurel su sien ceñia;
En los ojos azules, su blancura,
Rubia coma que al aire suelta ondéaba,
La hija de los Galos se anunciaba.

XXX.

“Caminando tras ella á cierto trecho,
Por un monte tomó de encina vieja,
Que daba á un arenal lleno de helecho,
Pasándolo veloz atras me deja,
Y llega á un matorral que hace un repecho,
Donde nunca el arado entró la reja.
Allí una de estas rocas (9) se elevaba
Que de algun héroe el túmulo indicaba.

XXXI.

“La jóven se paró en este paraje:
Tres veces la ví dar una palmada,
Y clamar en voz alta en su lenguaje:
Au-gui-l'an-neuf (10). Al punto ví inflamada
La floresta, y salir de entre el ramaje
Turba inmensa de Gaos, parte armada,
Parte con una antorcha en la siniestra,
Y un ramo tremolando con la diestra.

XXXII.

“De mi disfraz valido, me incorporo
A la turba que luego diligente
Se forma en procesion con vario coro.
Los Eubagos marchaban á su frente, (11)
Conduciendo un robusto y blanco toro
Que sirviera de víctima inocente.
Despues iban los Bardos entonando
Los lóores de Teutates execrando.

XXXIII.

“Tras estos los discípulos marchaban,
Un heraldo delante, por trofeo
Agitando un baston que rodeaban
Dos sierpes, semejante al cauduceo
Tres Senánis que al Druida remplazaban,
Siguen con varios signos: en fin veo
Tras de todos venir la Archidruidesa,
Y del lago conozco la Galesa.

XXXIV.

“En tal órden la pompa se encamina
Al árbol que da el muérdago sagrado,
Planta entre aquellos bárbaros divina
Allí un altar de césped es formado,
Y subiendo un Senánis á la encina,
Mientras el toro blanco es inmolado,
Corta la yerba santa con la hoz de oro,
Cantando un himno sacro en tanto el coro.

XXXV.

“La ceremonia apenas acabada,
En igual forma y orden vuelve el Galo
Al sitio de las peñas; una espada
De la asamblea allí les marca el Malo (12).
A una tribuna al túmulo arrimada
La Druidesa subió: corto intervalo
Se queda silenciosa y pensativa,
Luego en discurso tal rompe expresiva:

XXXVI.

“¿En donde están, ó Galos, los combates
“En que tanto otro tiempo se ilustrarán
“Los fieles descendientes de Teutates?
“¿Donde están los consejos que formarán
“Vuestras hijas que en todos los debates
“La verdad y justicia señaláran? (13)
“¿En donde aquellos Druidas afamados
“Cuya ciencia os ha hecho tan nombrados?

XXXVII.

“Proscriptos del tirano, apenas queda
“Alguno en esos antros escondido,
“Que pronto no tendrá quien le suceda.
“Y vuestras sacras Vírgenes ¿que ha sido?
“Teutates solo tiene ya á Velleda
“Para encender el fuego á entero olvido
“Será dado su culto respetable
“En la isla de Sáina venerable.

XXXVIII.

“Mas ¿por qué perderemos la esperanza?
“¿Os habeis olvidado por ventura
“Del camino que abrió vuestra venganza
“Al mismo capitolio? Aun le dura
“Al Romano el terror de vuestra lanza.
“Guerreros! escuchad la Virgen pura:
“Seguid de vuestros padres el ejemplo,
“Marchad, herid, venced, quemad el templo.”

XXXIX.

“No es posible esplicaros lo bastante
La impresion de un discurso pronunciado
A la luz de las teas ondulante.
En medio un matorral, de noche, al lado
De un sepulcro, y la sangre aun humeante
De la víctima: así es representado
El congreso de espíritus impuros
Que un májico evocó con sus conjuros.

XI.

“La junta luego toda acalorada
Por la guerra aclamó con grande anhelo,
Pensando que en su Virgen inspirada
Teutates les hablaba desde el cielo.
Una víctima humana es demandada
Para aplacar su ira, y ya con zelo
Velleda el sacrificio disponia,
Cuando el astro se vió que anuncia el día.

XLI.

“Temiendo entonces verse sorprendidos
Por la luz de la aurora, resolvieron
Dejar los sacrificios prometidos
A otra noche. Al instante disolvieron
El congreso, y con grandes alaridos,
Apagadas las luces, se esparcieron
Por los bosques cubiertos de maleza,
Y yo tambien volví á la fortaleza.

XLII.

“Seguro de su plan, no estuve incierto
De lo que hacer al punto convenia.
Convocando sus gefes de concierto,
Les declaro saber su rebeldia.
Y el consejo tratado en el desierto.
Vierais luego cambiarse su asodia
En temor, y creyéndose perdidos,
Solo piden la vida arrepentidos.

XLIII.

“Con gritos y lamentos á este instante
Por medio de la tropa rompe un bando
De cristiana muger, el tierno infante,
Bautizado poco há, en su brazo alzando,
Cayendo á mis rodillas, suplicante,
Me pide, ruega, insta sea blando,
En favor de estos hijos inocentes,
Con sus padres, esposos y parientes.

XLIV.

“¿Quién podria negarse á tal instancia
Por mugeres cristianas repetida,
Interpuesto el favor de tierna infancia?
De sus gefes otórgoles la vida.
Solamente les mando la observancia
De la ley por Tibecio establecida
Que de víctima humana el culto veda,
Y les pido por rehenes á Velleda.

XLV.

“¿Cómo podré pintaros la alegría
De que estas pobres gentes se llenaron,
Y los vivos y aplausos á porfia
Con que hasta el cielo mi clemencia alzaron?
¡Grata y fácil clemencia! El mismo dia
A Velleda y su padre me entregaron,
Y así se puso fin á esta aventura;
Mas para mí empezó prueba mas dura....

LXVI.

Eudoro aquí su historia interrumpiera,
Y bajando la vista avergonzado,
Una mirada oculta dirigiera
A la hija de Demódoco. Observado
Por el Obispo, á Séfora dijera:
“Cuando Eudoro su historia haya acabado,
“Con gusto el sacrificio celebrára:
“¿Me podríais tener dispuesta el ara?”

XLVII.

Séfora se levanta con festejos,
Y sus hijas la siguen: la doncella,
No osando quedar sola con los viejos,
No sin algun pesar marcha tras ella.
Mirándola Demódoco á lo lejos
Correr como una cabra blanca y bella
Que en torno del pastor brinca en el prado,
Exclama de placer enagenado:

XLVIII.

“¿Qué gloria puede nunca compararse
“Con la que tiene un padre que á sus ojos
“Ve sus hijos crecer y engalanarse
“Cual triunfador ilustre con despojos?
“Júpiter inmortal supo alegrarse
“Cuando vió salir bien de sus arrojos
“A Hércules: y tú, guerrero augusto,
“Tú causas á tus padres igual gusto.

XLIX.

“Prosíguenos tu historia: á mí me encantan
“Esos cristianos grandes é invencibles,
“Que el trabajo no abate, y se levantan
“Como palmas frondosas y flexibles.
“Nuestros vates sus héroes así cantan.
“Tambien son generosos y sensibles:
“¿Qué lástima que Júpiter no pueda. . . .
“Mas vamos, dí: ¿qué hiciste de Velleda?”

L.

“Con Senégax su padre habitó el fuerte
Eudoro prosiguió: mas el suceso
Pasado, agitó al viejo de tal suerte,
Que entrándole una fiebre con absceso,
Le condujo á las puertas de la muerte.
Humano por deber, yo me intereso
En su estado, velando en su asistencia,
Y yendo á visitarle con frecuencia.

LI.

“Este trato benéfico y atento,
De los mas Comandantes poco usado,
Al anciano tornó vida y aliento.
La Druidesa que nunca de su lado
Se apartaba, mudó su abatimiento
En alegría extrema, y ya dejado
El padre, en todas partes la encontraba
Con semblante que en gozo rebosaba.

LII.

“De asiento con Senégax la creia,
Cuando al punto en la mas distante sala
Cual nocturna vision se aparecia.
En el patio del fuerte, en la antesala,
Corredor, aposento, galería,
O bien en la espiral y angosta escala,
La hallaba sin pensar, cual si gozase
De ciencia que á mis pasos la aumentase.

LIII.

“Confieso que esta jóven me admiraba.
 Cual todas las Galesas caprichosa,
 Tenia un atractivo que halagaba:
 Su boca era algun tanto desdenosa,
 Mas su sonrisa dulce: ya la hallaba
 Altiva y fiera, ya voluptuosa,
 De modo que ofrecia en sí el conjunto
 De prendas encontradas en un punto.

LIV.

“Cierta noche la vela solo hacia
 En una sala de armas, ancha, oscura,
 Donde apenas el cielo descubria
 Por la angosta y múltiple abertura
 Que sirve de ventana y saetía.
 Hallábame sin luz, y en la armadura
 Que en la opuesta pared colgada estaba,
 La luz de las estrellas reflejaba.

LV.

“Ved que en las sombras clarear diviso
 El pálido fulgor de luz lejana,
 Y á Velleda descubro de improviso,
 En la mano una lámpara romana,
 Por traje blanca túnica de viso,
 El cabello prendido á la Espartana:
 Jamás hija de Reyes en su corte
 Tuvo tal magesta l, belleza y porte.

LVI.

“De un escudo la lámpara suspende,
 Y llegando me dice sin rodeo:
 “Mi padre duerme, siéntate y atiende.”
 Yo descolgué de lanzas un trofeo,
 Y sentados en él: “¿No te sorprende
 “Lo que alcanza el poder de mi deseo?
 “Sabe que yo soy Hada, y que me es dado
 “Seguirte y encontrarte en todo lado.

LVII.

“El viento me obedece, y de repente
 “Excito y calmo tempestad horrible.
 “Si quiero tomar forma diferente,
 “Lo puedo, porque todo me es posible.
 “¿No has oido esta noche hácia la fuente
 “Como un suspiro el céfiro apacible?
 “Era yo, porque sé que eres contento
 “Del dulce murmurar del agua y viento.

LVIII.

“¿Te lastimas de mí! prosigue luego:
 “Pues la causa eres tú de mi locura.
 “¿Por qué á turbar viniste mi sosiego?
 “¿Por qué has manifestado tal dulzura
 “Con mi padre y conmigo? No lo niego:
 “De la isla de Sáina Virgen pura,
 “El destino cruel echó mi suerte. . . .
 “Pero sabe que tú me das la muerte.”